

El síndrome de la ventana rota

Existen diversas teorías e ideas relacionadas con el estudio de las condiciones y factores que generan el desarrollo de la delincuencia y los conflictos comunitarios, entre ellas están las teorías llamadas ecológicas, que sostienen que la ciudad propicia el surgimiento de la delincuencia, en especial, en territorios hacinados, donde existe deterioro, desempleo y desorden (BID, 2018). Para reflexionar sobre la importancia de la participación individual para la solución de conflictos y de cómo todos y todas podemos contribuir para mejorar nuestro entorno, retomamos una de las ideas que forman parte de estas teorías, llamada Síndrome de la ventana rota.

Esta idea se gestó en 1969, en la Universidad de Stanford, cuando el profesor Philip G. Zimbardo realizó un interesante experimento de psicología social. Dejó dos automóviles abandonados en la calle, eran idénticos: la misma marca, el mismo modelo y el mismo color. Uno lo dejó en el Bronx, en ese entonces, una zona pobre y conflictiva de Nueva York, y el otro en Palo Alto, una zona tranquila y adinerada de California. El automóvil en el Bronx no tardó en ser destrozado, en pocas horas perdió las ruedas, el motor, los asientos, etcétera. Todo lo aprovechable se lo llevaron, y lo demás fue pronto víctima del vandalismo; en cambio, el abandonado en Palo Alto se mantenía intacto.

Sería muy fácil atribuir ese desenlace al distrito en que se dejó. Sin embargo, el experimento no quedó ahí. Cuando el coche abandonado en el Bronx ya estaba deshecho y el de Palo Alto llevaba una semana impecable, los investigadores rompieron un cristal del automóvil de Palo Alto. El resultado de aquella ventana rota fue, sorprendentemente, muy similar al del Bronx: el vehículo fue expoliado por completo en pocos días, víctima del robo y el vandalismo lo redujeron al mismo estado en que quedó el otro.

Parece claro que un cristal roto en un coche abandonado transmite una imagen de deterioro, desinterés y despreocupación; ese mensaje rompe misteriosos códigos de convivencia y transmite la idea de ausencia de ley, de normas, de reglas, como si ya no importara. Cada nuevo pequeño ataque que sufría el vehículo sin que sucediera nada, reanimaba y potenciaba esa idea, hasta que la escalada se hizo incontenible y desembocó en la misma violencia irracional.

En experimentos posteriores, los profesores George L. Kelling y James Q. Wilson desarrollaron la teoría de "Las ventanas rotas" (Kelling y Wilson, 1982), concluyeron que, desde un punto de vista criminológico, el delito es mayor en las zonas de mayor descuido, suciedad, desorden o maltrato material. Si se rompe el cristal de una ventana en un edificio y nadie lo repara, pronto estarán rotos todos los demás cristales. Si un edificio o una comunidad humana manifiesta signos de deterioro y eso no parece importar a nadie, ahí se generará enseguida el caldo de cultivo propicio para el delito. Si se cometen pequeñas faltas y no son sancionadas, pronto aparecerán faltas mayores

y, luego, transgresiones aún más graves. Si se permiten actitudes de falta de respeto como algo normal en los niños y niñas, su patrón de desarrollo será cada vez de mayor violencia y cuando sean personas adultas harán de modo casi natural, cosas mucho más graves.

Estas ideas fueron aplicadas a gran escala por primera vez en el metro de Nueva York a mediados de los ochenta y después, en 1994, en la política de "Tolerancia cero" del famoso y polémico alcalde de esa ciudad, Rudolph Giuliani. Los aciertos y errores de aquella estrategia policial de Giuliani han hecho correr ríos de tinta, pero parece claro, en todo caso, que en cualquier organización humana es importante mantener mínimos principios de orden y respeto en los que no debe admitirse ninguna transgresión, por pequeña que sea. No se trata de imponer actitudes autoritarias, sino de cuidar con esmero aquello que hemos observado que resulta más trascendente de lo que parece.

En la educación de los hijos e hijas o de los alumnos y alumnas, por ejemplo, estas últimas décadas nos han advertido de la importancia de la consideración con las personas más débiles o desfavorecidas, del respeto a la persona adulta, de las sencillas normas de urbanidad, del modo de comportarse, de la puntualidad o del modo de hablar. Son cuestiones a las que quizá durante un tiempo se les dio excesiva relevancia sin atender sus razones de fondo. Pero hoy comprobamos que no son simples cuestiones externas o formalidades sin mayor trascendencia, son "pequeños" detalles que constituyen y modelan todo un modo de ser y relacionarse. "Pequeños" rasgos o gestos sin aparente valor, pero que configuran bastantes de los principios más importantes para mejorar la convivencia y la vida comunitaria.

Referencias

Aguiló, A., (2010). El síndrome de la ventana rota. Hacer Familia, núm. 200, octubre 2010, consultado el 15 de agosto de 2015 en <http://nubr.co/5FgbN0>

Banco Interamericano de Desarrollo (BID), (2018). Curso Líderes para la gestión en seguridad ciudadana y justicia. Módulos 1, 2 y 3. Washington, DC, EEUU, BID.

Kelling, G. y Wilson, J., (1982). Broken Windows: The Police and Neighborhood Safety. Atlantic Monthly, núm. 3, marzo 1982, pp. 304-465, consultado el 15 de agosto de 2015 en <http://nubr.co/irKY1E>